Ana María Dolores

A sus 90 años, Ana María Dolores Hernández Lorenzo, conocida como Nena, recuerda una vida de aprendizajes, desafíos y nuevos comienzos, marcada por su iniciativa y su dedicación a la educación especial.

Una infancia en el pequeño París de La Palma

Nena nació el 3 de junio de 1936 en Tazacorte, La Palma, apenas unas semanas antes del estallido de la Guerra Civil española.

Aquel municipio palmero era conocido como el *pequeño París*, un apodo que, según recuerda, respondía a su modernidad, a la llegada de productos del exterior y al gusto de sus habitantes por vestir a la moda.

Sus padres se dedicaban al cultivo del plátano y tenía una hermana, Ana, tres años menor que ella y con un nombre muy parecido al suyo. «Cosas de antes», comenta Nena.



Creció rodeada de una familia extensa, en la que, según cuenta, «medio pueblo éramos parientes».

Recuerda especialmente los veranos junto a la costa. Allí, la familia se reunía en grandes casetas de madera y Nena compartía los días con sus primos, entre baños en el mar y juegos.

A los diez años, lejos de casa

Sus primeros estudios transcurrieron en un colegio de Los Llanos de Aridane. A los diez años, sus padres la enviaron como interna al colegio de La Asunción, en Santa Cruz de Tenerife.

A pesar de la estricta disciplina de las religiosas, guarda buenos recuerdos, especialmente de sor Laura, que le enseñó pintura y costura.



Nena durante su infancia, con una muñeca.

Tiempo después, su hermana Ana también ingresó en el internado, pero le costó adaptarse. Sus padres decidieron trasladarse a Tenerife y Ana se fue a vivir con ellos. Nena, en cambio, continuó en el internado.

Recuerda a su madre como una mujer decidida, que «sabía mucho y no tenía miedo a nada». De sus padres recibió cariño y apoyo para seguir estudiando, una oportunidad que no todas las mujeres de su generación tuvieron.

Una juventud que desafía las normas

A los 15 años fue expulsada del colegio de La Asunción por escaparse para ver los carnavales y escribir canciones de la película *Gilda*, que, según cuenta, no estaba permitida. Continuó sus estudios como interna en colegios de las dominicas de Málaga y La Laguna.

En La Laguna conoció a quien sería su marido. Se casó a los 19 años, aunque su padre habría preferido que siguiera estudiando. Tras el matrimonio tuvo dos hijos, Elena y Antonio, y asumió las responsabilidades del hogar.

Aficionada a los trabajos manuales, durante un tiempo confeccionó prendas de lana con una máquina de tricotar. Posteriormente, abrió junto a una amiga una tienda de muebles y decoración en Santa Cruz de Tenerife, llamada CRISNE, por Cristina y Nena.



Encontrar una vocación inesperada

Su trayectoria dio un giro cuando supo que iban a abrir centros para personas con discapacidad y decidió formarse como educadora, una profesión que hasta entonces desconocía.

Realizó un curso en el que era la alumna de mayor edad y comenzó a trabajar en Hermano Pedro, atendiendo a niños con discapacidad física, intelectual o sensorial.

Cuando los primeros niños fueron creciendo, participó en la puesta en marcha del centro ocupacional La Granja, posteriormente denominado Valle Colino, en Finca España, donde trabajó hasta su jubilación.

La vida después de los 50

Alrededor de los 50 años, Nena se separó de su marido y comenzó una nueva etapa junto a su hijo Antonio.

Primero vivieron en La Barranquera, en Valle de Guerra, y después construyeron una casa en El Portezuelo, en Tegueste, donde residen actualmente.

Con los años ha seguido cultivando sus aficiones. Le gusta pintar con acrílicos sobre lienzo, bordar y bailar.

También disfruta de las actividades del centro de día y de la compañía de familiares y amistades.



Nena con sus hijos cuando eran pequeños.

Siempre hay cosas por las que luchar

Al mirar atrás, Nena considera que ha tenido una buena vida, aunque también ha atravesado dificultades. Recuerda con cariño los momentos compartidos con su familia y sus amistades, cuyo apoyo ha sido importante en las distintas etapas de su vida.

Entre las experiencias de las que se siente más orgullosa destaca su dedicación a la educación especial, una profesión que descubrió y aprendió a ejercer con esfuerzo. «Salir adelante en el campo de la educación especial, porque era desconocido para mí y me costó», recuerda.

Al pensar en las nuevas generaciones, le gustaría que las personas jóvenes comprendieran mejor a las mayores y estuvieran dispuestas a ayudarlas cuando lo necesitan.

Y cuando le preguntan qué consejo daría a quienes vienen detrás, responde: «Que lucharan por salir adelante, que aprendan de mi vida porque siempre hay cosas por las que pelear».